

Conclusiones

He dividido este balance final del trabajo en tres partes. Las conclusiones finales son una recapitulación de las conclusiones parciales de los cuatro capítulos de la segunda parte (que en ningún caso llevan tal nombre) y constituyen una respuesta concisa a las preguntas que iniciaron la investigación: la imagen que del Señor de Muruhuay tienen sus peregrinos y los móviles de la peregrinación. Bajo el título de 'consideraciones' he agrupado las ideas surgidas acerca de un conjunto de temas que, a pesar de no haberse encontrado presentes en el planteamiento inicial, salieron constantemente durante el trabajo de campo y el análisis de los datos. Por último, añado unas cortas reflexiones que enmarcan el presente trabajo dentro de la actual dinámica social peruana.

Conclusiones

El Señor de Muruhuay es un componente simbólico en la socialización de los tarmeños. Presente mediante historias que se cuentan, objetos que lo representan o lo nombran, prácticas que lo tienen como eje y sentimientos que se relacionan con las experiencias que lo involucran, el Señor es percibido como un padre efectivamente cercano. Su acción y vigilancia se identifican en sucesos que aparecen en la cotidianeidad y que son calificados de castigos o milagros. La peregrinación de mayo es la expresión pública, colectiva y anual del culto al Señor de Muruhuay. Se realiza básicamente desde cada unidad social tarmeña, la que envía un grupo de representantes al santuario y lo festeja a su regreso. La organización de la fiesta depende de los sistemas de cargos y de alferazgo, los cuales se basan en la reciprocidad de los miembros de la comunidad entre sí y con el Señor. Las dimensiones moral y emotiva que regulan el intercambio constituyen el trasfondo que une las actividades festivas con el culto al Señor. La sensación de comunión que logra transmitir la fiesta y que se forja a través de la participación conjunta en la festividad, no borra las diferencias y clasificaciones dentro de la comunidad. Por el contrario, se fortalece la composición de los grupos sociales internos.

La legitimidad de la imagen del Señor de Muruhuay en la región tarmeña es la que mueve a sus devotos a participar en la peregrinación de mayo. La afirmación de colectividad de cada grupo de peregrinos constituye un enunciado de semejanza y, a la vez, de diferencia con respecto a los otros peregrinos de la región. El culto del Señor se erige en un mecanismo simbólico utilizado por los devotos para expresar no solamente su fe, sino también contenidos sociales. Al ser el santuario un estrado público en el que se presentan, de manera diferenciada, las unidades sociales que componen la región, la peregrinación se convierte en un vehículo de discursos hegemónicos y contra-hegemónicos. La participación en ella –tanto la asistencia

misma como la manera en que se hace–, es un mecanismo utilizado por los peregrinos, desde los orígenes conocidos del santuario, como una estrategia de cambio y conservación.

El Señor de Muruhuay como padre de los tarmeños es una afirmación inscrita en la memoria cultural de la región. Su devoción y culto constituyen elementos básicos dentro de la definición de una identidad regional. La difusión del culto a Muruhuay en los puntos geográficos hacia donde sus hijos han migrado, indica la centralidad de su imagen y la voluntad de éstos de preservar esta identidad tarmeña. Esta última es una apelación a un origen común, la que reviste un carácter más urgente una vez traspuesto el umbral de la región. En un medio extraño, el recuerdo de los orígenes logra dar a los individuos una estabilidad y continuidad emocional. Además, la conservación de determinados rasgos de la cultura "natal" les sirve en su desenvolvimiento práctico en el nuevo contexto. La identidad regional se convierte en una estrategia de adaptación a la ciudad establecida, en primer lugar, por el mantenimiento de los lazos entre paisanos, con quienes la comunicación es inmediata y confiable. La constitución de redes sociales entre tarmeños es un escape y una posibilidad de superar la situación periférica en la que se encuentran en el contexto urbano multiétnico. La conservación de dichas redes sociales se realiza a través de mecanismos "tradicionales", es decir, los que se han heredado de la cultura "natal". Uno de los más importantes es la celebración de fiestas religiosas. Dentro de ellas, la peregrinación al Señor de Muruhuay cumple un rol especialmente importante debido a la posición central que tiene la imagen del Señor en la socialización de los tarmeños. Además, al ofrecer a sus fieles posibilidades de expresión, variación y, a la vez, continuidad en la celebración de su fiesta, se reafirma como el símbolo religioso visible de la identidad tarmeña. Su capacidad de representar mensajes diversos lo hace efectivo e insustituible.

Consideraciones

La peregrinación abrió el horizonte a múltiples temas, que se presentaron insistentemente a lo largo del trabajo. Sin estar relacionados con lo que fue el objetivo de la investigación, su inclusión en el análisis fue inevitable. Considero que, a la luz de los datos relacionados al culto de Muruhuay, dichos temas adquirieron matices que contribuyen al conocimiento más profundo de los mismos.

Los territorios sin fronteras.

El planeamiento inicial del trabajo de campo en un solo pueblo demostró al poco tiempo su estrechez explicativa. Los mayordomos de las fiestas de mayo en Tapo no residían permanentemente en el pueblo: los del 13 iban y venían de Lima, los del 21 llegarían desde Estados Unidos a Lima un mes antes de la fiesta y a Tapo, apenas unos días antes. La mayoría de las personas que conocí habían vivido en otros lugares o tenían parientes que vivían en otros lugares. El culto a Muruhuay se realiza también en Lima y en los Estados Unidos, en el santuario se presentan grupos de peregrinos migrantes. La rutinaria comunicación entre el campo y la ciudad rompe la imagen que se tiene cuando se está en Tapo, pueblo pequeño, y que cuenta apenas con los servicios básicos. En medio de la extrema movilidad de los tarmeños, el pueblo se convierte en un espacio representacional (en la terminología de Lefebvre). Tapo deviene en una imagen a la que están adscritas prácticas, ideas, valores y emociones y que constituye un punto de referencia fundamental en la configuración personal y colectiva de los tarmeños.

Las coordenadas indio-mestizo.

La recurrencia con la que salió a la luz la diferenciación étnico-racial en el trabajo de campo (en la mitología, la historia y la sociedad tarmeña, el calendario de mayo, la danza) demostraba dos tendencias: por un lado, la emergencia de una inconfundible oposición entre indios y mestizos y, por otro, su constante abolición. La clasificación (y jerarquía) étnico-racial originada en la colonia se mantiene hasta la actualidad, siguiendo vivos el prejuicio y el desprecio hacia lo indígena. En la danza de la chonguinada, por ejemplo, se grafican las características atribuidas a cada polo. Sin embargo, la misma danza prueba ser un instrumento de los actores para evadir esa diferenciación. También la historia de la región muestra los movimientos de amestizamiento que partieron de determinados sectores de la población indígena, como una manera de evadir los prejuicios y acomodarse favorablemente en el sistema colonial.

Este esfuerzo por dejar de ser indios ha de verse objetivamente, sin esencializar ni romantizar. La persistencia de una estructura en la que la discriminación hacia lo indio es una realidad, obliga a que las personas que se encuentren en ese polo, se esfuercen por salir de él. Este movimiento indica resistencia y es encomiable, pero ello no aminora la áspera desigualdad que la provoca. Por otro lado, no dejan de ser "andinos" quienes se ubican en el lado mestizo. La coincidencia de unos y otros en la peregrinación de Muruhuay es el hermanamiento en la fe a un Señor con trazos prehispánicos y en un culto de huellas paganas. La peregrinación constituye un canal de expresión "permitido", en el que los mestizos pueden demostrar, sin complejos ni vergüenza, toda su poderosa indianidad.

Reflexiones

Los tarmeños se mueven con facilidad entre espacios que se consideran antagonicos: Tapo –el campo–, Lima –la ciudad–, Nueva York –la metrópoli–. En cada lugar han construido su espacio: sus redes sociales, su música, su religión. Tapo ha permanecido como el símbolo que condensa prácticas y valores, un refugio para los tapeños, quienes se conforman, como individuos y como colectividad, en función a su pueblo y a su región. Dentro de la transmisión de la identidad tapeña, se encuentra el culto al Señor de Muruhuay, constituyendo su ejercicio una muestra de la persistencia en la identidad tarmeña. La continuación de esta "práctica de culto" es como la punta visible de un iceberg: apenas un signo exterior de un verdadero cúmulo de contenidos. Y el mantenerla no impide la actuación exitosa en contextos donde dicha práctica no es la regla e inclusive parece extraña y arcaica.

La capacidad de adaptación de tapeños y tarmeños a nuevos espacios, culturalmente alejados de su región, es una prueba de la posibilidad de conservación de la práctica de culto en medios "modernos". La flexibilidad de la práctica de culto se manifiesta en varios rasgos: la calificación de los milagros, la relación con la divinidad (desde la devoción sincera hasta la indiferente), la variabilidad en las ofrendas (la generosidad determinada por el factor de escasez). Debido a esto, tapeños y tarmeños pueden comportarse según una "práctica moderna", sin que sacrifiquen la práctica de culto. La convivencia de ambas es posible porque ambas tienen sus espacios y contextos. Una buena metáfora de esta coexistencia es la historia de la luz eléctrica. En una velada, después de varios cuentos de condenados y cabezas voladoras, surgió la pregunta de por qué no se les veía más por el pueblo. "Será la luz que nos

ampara" dijo Allica. En su respuesta, se encuentra una explicación a la existencia paralela de las dos prácticas. La luz eléctrica llegó hace varios años, se la aceptó y se la utilizó. Se la maneja: se la instala donde es necesaria, se la repara cuando hace falta. Este uso eficaz y racional no impide que exista una conciencia de que en las sombras, luego de la luz, viven todavía los antiguos seres. Ellos no han muerto, no han dejado de ser reales, sino que su dominio se ha limitado. En los dominios de la electricidad están inmobilizados, pero no se duda de su poder, siempre latente y amenazante.

Tienen, sin embargo, un dios, que es poderoso y es capaz de actuar dentro del mundo de la luz eléctrica, y cuya naturaleza parece responder a los dos mundos. El que fue aceptado primero por los curas, luego por los criollos, fue celebrado por mestizos e indios y ahora es exhibido en Lima, Huancayo y Nueva York. Con el que se establece una relación directa, franca, confiada. Del que no hay que avergonzarse, y el que recuerda siempre a los tarmeños quiénes son, de dónde vienen y quién tienen a su lado.

El Señor de Muruhuay constituye el caso tarmeño que grafica una realidad repetida a lo largo de los Andes peruanos. Las peregrinaciones, cultos regionales que relacionan a las personas con un determinado espacio y una imagen protectora, son prácticas que conceden una continuidad cultural. La preservación de la devoción a una imagen a través de las diferentes circunstancias por las que atraviesan sus devotos (en enfermedad, migración, crisis, etc.), se explica por el rol definitorio que dicha imagen cumple para cada uno de los individuos y para sus comunidades. Ésta condensa valores culturales, sociales y emotivos con los que sus devotos definen su identidad. El Perú de hoy –el que se encuentra también fuera de sus límites territoriales– está marcado por la práctica de culto, en la cual encuentran los peregrinos la confirmación de su cultura, su sociedad, su religión.